

8

**ALDO CARLOMAGNO
MONTTOYA PALACIOS**

El gran desengaño: Nietzsche

Introducción

Friedrich Nietzsche es considerado uno de los filósofos más relevantes de la época moderna, aunque éste no fuera en realidad filósofo de profesión, sino filólogo¹ y poeta. Fue su pensamiento y sus obras, con un lenguaje y estilo tan novedoso, lo que le otorgó un puesto de honor en el mundo de las ideas, en la filosofía. Tuvo fuerte influencia de Schopenhauer y Wagner, así como interés y conocimiento por la cultura griega antigua. Su máxima «La muerte de Dios» es probablemente el mensaje central de su discurso, siendo la raíz de todas sus demás ideas: ateísmo, el superhombre, el eterno retorno, el nihilismo negativo, el nihilismo positivo, el vitalismo y la crítica a la moral. Nietzsche desde sus inicios se mostró un hombre profundamente crítico; no obstante, en donde esta idea, «La muerte de Dios», recibe su expresión más acabada es en su obra magna *Así habló Zaratustra* (1883). Pero, ¿qué quiso decirnos con que «Dios ha muerto»? ¿Y qué consecuencias tiene esta afirmación?

El propósito de este ensayo tiene por objetivo principal exponer el significado de «La muerte de Dios» en Nietzsche y visibilizar el alcance filosófico de esta máxima. Primero, se hablará sobre el anuncio de «La muerte de Dios». En segundo, qué es «La muerte de Dios». En tercero, qué consecuencias tiene. En cuarto, la serpiente del nihilismo. En quinto, la experiencia de «La muerte de Dios». En sexto, cuáles son las razones del por qué Nietzsche mató a Dios. Y, en séptimo, qué es Dios para Nietzsche.

¹ La filología es el estudio de los textos escritos, a través de los que se intenta reconstruir, lo más fielmente posible, el sentido original de estos con el respaldo de la cultura que en ellos subyace.

El anuncio de «La muerte de Dios»

“¿No han oído hablar de aquel loco que, con una linterna encendida en pleno día, corría por la plaza y exclamaba continuamente: ‘¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!’?”² Es el aforismo 125 de *La gaya ciencia*, Nietzsche nos habla de un hombre loco que, a plena luz del día, se dirige al mercado con una lámpara encendida anunciando a sus contemporáneos “La muerte de Dios». «¡Dios ha muerto!, grita; ¡Y lo hemos matado nosotros!”³ La gente que se encontraba ahí le miró de manera burlesca y extraña; hace tiempo que ya no son creyentes, sino ateos, viven con indiferencia hacia la inexistencia de Dios. Aquellos individuos, acostumbrados a la intrascendencia de tal afirmación, no entienden a qué viene tanto alboroto. El hombre loco se lamenta:

Llego demasiado pronto, dijo luego, mi tiempo no ha llegado aún. [...] Los actos necesitan tiempo después de su realización, como lo necesitan el relámpago y el trueno, y la luz de los astros. Esa acción [el asesinato de Dios] es para ellos más lejana que los astros más distantes, ¡aunque fueron ellos quienes la han realizado!⁴

«La muerte de Dios», dice Nietzsche, es el acontecimiento más terrible en la historia de la humanidad, es *El gran desengaño*. El fundamento sobre el cual se ha construido toda la cultura occidental durante los últimos dos milenios se ha revelado como falso, como inexistente y, en consecuencia, todo el edificio del saber y de la moral comienza a derrumbarse. Sin embargo, el hombre moderno dice: «Yo soy ateo» para después pasear a su mascota y fumarse un cigarrillo como si nada pasara. El estruendo de este asesinato aún no alcanza los oídos de los hombres. Pese a todas las declaraciones de ateísmo moderno, siguen viviendo como si Dios aún viviera, como si fuera posible remover la piedra angular y mantener el edificio en pie. ‘La muerte de Dios’ es como un sismo que sacude, desde sus cimientos, todas las verdades y certezas. Ya nada vuelve a hacer lo mismo. Pero, ¿qué significa «La muerte de Dios»?

² Nietzsche, F. W. (2013). *El Anticristo*, p. 81. Obtenido de Biblioteca Digital ILCE: https://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/Anticristo.pdf

³ *Idem*, p. 81.

⁴ *Idem*, p. 81-82.

Significado de «La muerte de Dios»

No hay que entenderlo, por supuesto, de una manera literal, como si Dios realmente hubiera existido en el pasado y, ahora, acabara de morir, sino en sentido figurado, metafórico: si Dios ha muerto es porque nunca estuvo vivo realmente, nunca existió, fue un engaño, y el más grande de todos. «La muerte de Dios» es una expresión poética que Nietzsche utilizó para decirnos que la hipótesis de Dios, que gozó de validez en el pasado, ahora ha dejado de ser válida, razonable o respetable. La máscara del farsante ha caído y, con ella, su pretendida moral.

¿Y cuáles son los argumentos que ofrece Nietzsche para sostener semejante afirmación? Es complicado. En su obra *La gaya ciencia* da a entender que «La muerte de Dios» es resultado, al menos en parte, del progreso científico moderno. El hombre de ciencia ya no necesita a Dios para conocer el mundo, para conocer los objetos de conocimiento: Dios ya no es necesario en la ecuación. En este sentido, para el hombre del siglo XIX, ya no es posible creer honesta y razonablemente en Dios. Nietzsche, más que ofrecer argumentos, señala un hecho: describe, a manera de metáforas y martillazos, la expansión del ateísmo en la comunidad intelectual moderna. Lo interpreta como un fenómeno irreversible del que, una vez iniciado su mecanismo, ya no hay vuelta atrás. Este es el auténtico estilo nietzscheano: trabajar con intuiciones, aforismos y metáforas, dejando al olfato del lector decidir sobre lo que es verdadero o falso en su discurso.

Consecuencias de «La muerte de Dios»

Es aún y siempre una *creencia metafísica* sobre la que reposa nuestra creencia en la ciencia –y nosotros que buscamos hoy el conocimiento, nosotros sin Dios y antimetafísicos, nosotros tomamos *nuestro* fuego del incendio que una creencia milenaria ha inflamado, esta creencia cristiana que era también la de Platón, la creencia de que Dios es la verdad, de que la verdad es divina... ¿Pero qué decir si esto mismo se desacredita cada vez más, si todo deja de revelarse divino, salvo el error, la ceguera, el engaño– ¿y si Dios mismo se revelase como nuestro más perdurable engaño?⁵

Mientras que los intelectuales modernos celebran esta agonía de la fe, Nietzsche no deja de llamar la atención sobre el vacío abismal que va revelándose, cada vez más, a medida que el cadáver de Dios se descompone. Haber matado a Dios, parafraseando a Nietzsche, es semejante a haber vaciado el mar, haber borrado el horizonte, haber destruido el sol.⁶ La oscuridad se cierne, poco a poco, sobre el hombre que ha perdido todo punto de referencia, todo punto cardinal para orientarse, ya no tiene criterio para juzgar ni el arriba, ni el abajo, ni el atrás ni el adelante. Dios era el centro de gravedad en torno al cual todo giraba; sin Él, vagamos por el vacío en todas direcciones, sin saber, con precisión, hacia dónde vamos. De modo que se ha desvanecido todo sentido, todo valor. ¿Qué haremos ahora? ¿Qué será de nuestra existencia? Si lo más valioso que teníamos ha desaparecido, si lo más sagrado que adorábamos ha muerto, ¿qué pondremos en su lugar? Si queremos seguir viviendo después de «La muerte de Dios», es necesario sustituirlo por algo que esté a su altura. Tal cosa requiere de un esfuerzo y una tensión sobrehumanas que amenaza con rompernos, con deconstruirnos. Es necesario, entonces, inventar nuevas verdades, nuevos valores que canalicen nuestra razón de ser. ¿Somos capaces de hacerlo?

⁵ Châtelet, F. (1992). El porvenir. En F. Châtelet, *Una historia de la razón* (pág. 187). París: Editions du Seuil.

⁶ Cfr. Nietzsche, p. 81.

La serpiente del nihilismo

A medida que el hombre moderno se hace consciente de «La muerte de Dios» y penetra en su intimidad su significado profundo, va subiéndole por la garganta una sensación de angustia y hastío. El hombre moderno se siente cansando, nada tiene sentido. Nuestro más profundo deseo no tiene objeto, todo es vano. Ya nada tiene valor, ya nada vale la pena. Es la *serpiente del nihilismo* que nos enrosca el cuello y no nos deja respirar.

[...] tan pronto como rechazamos lejos de nosotros la interpretación cristiana y consideramos su 'significado' como moneda falsa, nos asalta la pregunta de Schopenhauer de la manera más terrible –cuestión que necesitará varios siglos para ser percibida en toda su profundidad–: ¿tiene la existencia algún sentido?⁷

Esta pregunta que con Dios creíamos haber respondido, vuelve a martirizar el corazón del hombre en cuanto la creencia de Dios deja de ser una ficción creíble. Superar «La muerte de Dios» implica superar este *nihilismo*: superar la inexistencia de sentido, superar que la existencia es efímera y vana; arrancar de un mordisco la cabeza de la serpiente y escupirla lo más lejos posible, sólo el *Übermensch* lo podrá hacer.

La experiencia de «La muerte de Dios»

«La muerte de Dios» es, a mi entender, el motor principal de la filosofía de Nietzsche, la experiencia esencial y fundacional a partir de la cual piensa y vive. Y es un acontecimiento terriblemente trágico, por un lado, pero, al mismo tiempo, lleno de posibilidades. Trágico porque, como hemos mencionado, la esperanza de la fe –que había sostenido fuertemente la vida y la moral hasta entonces– se reveló como falsa,

⁷ Idem, p. 151.

y ahora ya no es posible seguir viviendo con ella. La vida humana es trágica, dramática, está llena de sufrimientos y necesita de múltiples ficciones para soportar e, incluso, llegar a vivir con cierta plenitud. Dios era una de esas ficciones, la más exitosa, mas ahora, incluso, Dios ha caído. Este acontecimiento sacude inevitablemente los cimientos de toda la existencia humana; y todo el arte poético de Nietzsche se dirige a hacer audible este estrépito: la caída de todo sentido y fundamento trascendente.

La monstruosidad de la vida vuelve a alzarse como una bestia terrible que amenaza con triturarnos entre sus fauces. Para Nietzsche, «La muerte de Dios» alcanza a cada ser humano como la experiencia de la gran náusea, del gran hastío. El que se conforma con «La muerte de Dios», en el fondo de su alma, siempre había querido que se muriera, y ha vivido completamente de espaldas a lo que significaba para su vida. El que se duele, en cambio, es porque tenía un verdadero anhelo de trascendencia y no lo censuraba, porque esto es lo que lo hacía más humano. Tal es la altura y el talante del corazón humano que desea lo eterno, lo infinito, lo perfecto.

¿Por qué Nietzsche mató a Dios?

Sin Dios para llenar el vacío existencial, el deseo del corazón humano deberá ser reeducado, redirigido, para que aprenda a amar la vida de un modo más verdadero y puro; sin que éste se convierta en ponzoña y venenoso resentimiento. Nietzsche está convencido de que tal transformación es posible para quien acepta «La muerte de Dios» como una posibilidad de autosuperación, se desbloquea, por decirlo de algún modo, el acceso a una experiencia radicalmente nueva de uno mismo y de la vida.

Hay un lago que un día se negó a derramarse y que levantó un dique por donde antes se derramaba; desde entonces no deja de subir el nivel de ese lago. Tal vez, esta forma de renuncia nos dé la fuerza que permita soportar la renuncia misma; tal vez el hombre

no dejará de elevarse siempre cada vez más desde el momento mismo en que deje de derramarse en un dios.⁸

«La muerte de Dios» es, pues, una verdad trágica; pero, al mismo tiempo, un vaivén de posibilidades para quien, asumiéndola, pueda superarla. «Dios ha muerto», sí, mas no ha muerto el hombre. El ser humano sigue vivo, tan vivo, al igual que su anhelo más profundo de trascendencia. De hecho, «La muerte de Dios» es justo lo que vuelve a recuperar la posibilidad de una experiencia verdaderamente humana, de hacer experiencia, nuevamente, de lo humano. Nietzsche entiende, por tanto, a Dios como una gran mentira, como *el más grande engaño*, el narcótico frente a la cruda realidad de la vida humana.

¿Qué es Dios para Nietzsche?

A medida que uno va transitando el camino abierto por «La muerte de Dios», se da cuenta de que Dios era una hipótesis en la que se había reunido todo el odio y resentimiento hacia la vida. Un resentimiento que es rastreado hasta Sócrates y Platón, y que, posteriormente, el cristianismo lleva su formulación hacia su expresión más acabada. Por odio a esta vida –que encima es la única que tenemos– nos habíamos inventado otra vida en el más allá. Por odio al cuerpo, nos habíamos inventando el espíritu. Para Nietzsche, el Dios cristiano y todo lo que Él implica, es la contradicción pura de la vida y la santificación de la nada.

⁸ Idem, p. 109.

Lo que nos distingue no es el hecho de que no encontramos a Dios ni en la historia, ni en la naturaleza, ni detrás de la naturaleza, sino el hecho de que consideramos lo que se oculta bajo el nombre de Dios, no como divino, sino como miserable, absurdo, nocivo; no sólo como error, sino como delito contra la vida... Nosotros negamos a Dios en cuanto Dios... Si se nos demostrase este Dios de los cristianos, creeríamos aún menos en él. Para expresarnos con una fórmula: *Deus, qualem Paulus creavit, dei negatio*.⁹

Si Dios existiera y se nos mostrara con suma evidencia, indubitadamente, incluso entonces estaríamos justificados en darle la espalda, porque ese Dios –al que vemos ahora– es malo para nuestra vida, para el hombre, lo aleja de su plenitud, de su humanidad. Ha tenido que morir Dios para darnos cuenta de esto. Por eso su muerte, junto a todo lo trágico que tiene, es, asimismo, una Buena Nueva. Lo que sucede es que llevamos tanto tiempo viviendo para otra vida, una en el más allá, que tenemos que volver a aprender a vivir para esta vida.

Conclusión

«Dios ha muerto» y por justicia debemos lamentarnos. Dios ha significado mucho para el hombre; sin duda, nos ha ayudado a vivir durante siglos, aunque tal precio fuera no vivir plenamente, o vivir como esclavos. Más ahora que «Dios ha muerto» ya no hay excusas. La oscuridad se cierne sobre el ser humano, pero también se oye a lo lejos una voz en el desierto, una voz que anuncia un nuevo modelo de felicidad, más verdadera, más plena, más completa, más humana. Muerto Dios –*develado el más grande engaño platónico del más allá*– vuelve a ser posible una experiencia integral sobre qué es el

⁹ Nietzsche, F. W. (1 de enero de 2012). *La gaya ciencia*, p. 71. Obtenido de Guao: <https://www.guao.org/sites/default/files/biblioteca/La%20gaya%20ciencia%20.pdf>

hombre. Vuelve hacer posible recuperar el sentido de la tierra. Esta nueva experiencia, cuyo modelo o primer portador es *Zaratustra*, se expresa principalmente a través de dos mitos o representaciones: el *Übermensch* y el *eterno retorno*.